



# ALBUM LITERARIO

DEDICADO

## Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

CON MOTIVO DE SU ENTRADA SOLEMNE

### EN LA CAPITAL DE LA MONARQUÍA.

#### EL REY DON ALFONSO XII.

I.

Hace más de diez siglos, en Mayo del año 866, subió al trono de León un Príncipe tan joven que no había cumplido aún los cuatro lustros.

En difíciles momentos entraba á reinar el adolescente Monarca. Revueltas facciones agitaban el reino, y en el exterior los moros no cesaban en sus incursiones y hostilidades, bien para poner coto á la guerra de reconquista iniciada por Pelayo, bien para ensanchar sus fronteras, bien para ayudar á unos reyes cristianos contra otros.

No arredró, empero, al mancebo real tamaña empresa; diez y ocho años contaba apenas, y tal le favoreció la suerte, tal era su arrojo y discreción, tales sus alientos, que reprimió, domó y castigó la sublevación del Conde Fruela, la cual se había enseñoreado por algún tiempo del trono y de la corte del Monarca; desconcertó y subyugó con su presencia á los alaveses, también alzados en armas; afirmó el poderío de su corona, merced al enlace efectuado con la hija de D. García de Navarra; rechazó unas veces y atacó otras, con fortuna siempre, á los sectarios del Korán, mandados ya por el poderoso Mohammed de Córdoba, ya por el no menos bravo Almondir; venció y sujetó terriblemente la inicua rebelión de sus propios hermanos; llevó sus huestes hasta las vertientes de Sierra-Morena un día, hasta las puertas de Toledo otro, lo que no había osado aún ningún caudillo cristiano; y cuando, ya anciano, se retiró á Zamora, tras abdicar en uno de sus hijos, para evitar, magnánimo y generoso, nuevas discordias, aún arremetió contra los moros fronterizos, y con juvenil vigor destruyó sus ejércitos, y entró victorioso en sus tierras.

Este Príncipe insigne, que la historia ilustra con el nombre de *Magno*, se llamaba Alfonso III. Y ahora, en estos instantes supremos, otro Príncipe, llamado también Alfonso, torna como aquel del destierro para ceñir la corona de sus antepasados; como entonces, una guerra interior y otra exterior desgarran el reino; como entonces asimismo, agitan violentamente el suelo patrio las banderías y facciones que fomentan los odios de unos, las ambiciones de otros y los recelos de los más.

Alfonso XII, á semejanza de Alfonso III, empuña el gobernalle del soberbio bajel, juguete tiempo há de récias tempestades, cuando empieza á sombrear sus labios el bozo, cuando empiezan á madurar los primeros frutos de su entendimiento, cuando ensaya sus primeros vuelos el espíritu, cuando no ha cumplido aun diez y ocho años.

¡Singulares coincidencias que en su libro inmortal traza la historia, como para amaestrar á los presentes con las enseñanzas de los pasados!

Oportuno parece, pues, recordar el glorioso, aunque batallador reinado de aquel Monarca, y si á los tímidos acongoja y á los recelosos perturba el porvenir de un adolescente sobre el trono, vuelvan atrás la

vista, y en las hazañas del soberano leonés hallarán claro ejemplo de lo que puede realizar el rey castellano.

No han de faltarle á Alfonso XII las altas prendas que desde su juventud adornaron á Alfonso III. Fuerzas hay en su alma para vencer en la lucha, y si como antes indicamos, puede infundir temor el que con mano casi infantil empuñe el timón de una nave que marcha á través de escollos y arrecifes y sufre el continuado embate de récias tempestades, recuérdese que lo propio verificó, y con gallardo continente, el tercer Alfonso; recuérdese también que la brújula, entonces ignorada, marca hoy un fiel derrotero al navegante; que la ciencia política, entonces no aprendida, lleva á seguro puerto á un buen Monarca.

II.

Veamos ahora qué terrenos ha surcado la corriente de la vida en ese príncipe ilustre; veamos qué semillas ha sembrado en su aún corta existencia, para que brote ya la esperanza entre sus pueblos.

Nació D. Alfonso de Borbon el 28 de Noviembre de 1857, á las diez y cuarto de la noche. Desde que se habían anunciado los síntomas de que terminaría presto el alumbramiento de la Reina, en el régio Alcázar, como en la villa y corte, era la ansiedad marcada. La falta de un heredero varón para el trono deplorábase por todos, recordando quizá la funesta contienda intestina á que dió lugar la sucesión de una hembra, y la lucha que la libertad y el absolutismo riñeran con tal pretexto.

Hervía en las cámaras de Palacio una lucida tropa de dignatarios y magnates, testigos solemnes que habían de dar validez y fuerza al acta de nacimiento, que se disponía á extender el Notario mayor del Reino y Ministro de Gracia y Justicia, D. Joaquín José Casaus.

El Mayordomo mayor interino, Sr. Conde de Puñonrostro, anunció á los presentes el fausto suceso, que fué acogido con general satisfacción, y muy luego apareció el Rey consorte, D. Francisco de Asís, acompañado de la Infanta Doña María Luisa Fernanda y del Duque de Montpensier, conduciendo en una bandeja al recién nacido, cubierto con un paño que levantó, según prevenía el ceremonial, el Presidente del Consejo de Ministros.

La aurora del siguiente día fué para la nación entera aurora de esperanzas venturosas; existía ya un varón para heredar el trono, y los trémulos albores que circuían su cuna presagiaban, en el deseo y el amor del pueblo, días radiantes de tranquilo y luminoso horizonte.

Apénas la nueva feliz se extendió por la Península, todas las Autoridades, corporaciones y cuerpos sociales, así militares, como religiosos y civiles, elevaron felicitaciones sin cuento hasta el sólio Real de Isabel II.

¡Nadie imaginaba ciertamente que aquel niño, cuya venida al mundo era acogida con tal contento, llegaría once años más tarde á extrañas tierras, naufrago de una tempestad que no había suscitado, desterrado de un país que sólo para llorarle había conocido!



Nueve días después de su nacimiento, el 7 de Diciembre, se celebró con gran pompa y esplendor, cual era uso, la ceremonia del bautizo.

La pila de Santo Domingo de Guzmán en la capilla del palacio cubrióse de un dosel bordado de oro; levantáronse estrados y tribunas ricamente compuestos; colgáronse cortinajes de amarillo y plata, y cerca de las tres de la tarde entró en el templo el Rey D. Francisco, acompañado de su augusto padre, de la Infanta, su hija, y de los Duques de Montpensier, seguidos de todos los personajes y Comisiones que al tratar del natalicio se expresaron y de otros que sería prolijo enumerar.

El aya del Príncipe, señora Duquesa de Malpica, lo sostenía en sus brazos; una banda roja con flecos de oro adornaba al régio niño; Monseñor Barili, á nombre de S. S. el Pontífice Pío IX le apadrinaba, y el Arzobispo de Toledo, primado de las Españas, le bautizó con los nombres de Alfonso, Francisco, Fernando, Pío, Juan de María de la Concepción, Gregorio.

Terminada esta religiosa ceremonia, verificóse otra de tradicional carácter y curioso aspecto. Los representantes del Principado de Asturias entregaron al que llevaba desde el nacer tal título, la cruz de la Victoria para él destinada, condecorándose después con el Toisón de Oro, la Cruz de Carlos III, de Isabel la Católica y de San Juan de Jerusalén.

Al año siguiente, 1858, se le nombró guardia marina de primera clase, así como se le alistó de soldado en el regimiento Inmemorial del Rey, cuyo uniforme vistió distintas veces; entre cuyas filas estuvo, algunos años más tarde, y en donde se le confirieron algunos grados.

Desde estos primeros años hasta que, no cumplidos aún los once, abandonó su patria, á impulso de una convulsión política, la vida del Príncipe sólo presenta las particularidades propias de todos los niños de régia estirpe. Dotósele primero de cuarto civil, y después de cuarto militar; se le rodeó de Profesores, se le consagró á los estudios que su especial educación reclamaba, y así, nutriendo su espíritu con el progresivo saber, y ensanchándolo á beneficio de los años y de los conocimientos, llegó, ageno á toda desventura, viendo en sus alegres ensueños de niño la diadema Real suspendida sobre su frente, al terrible mes de Setiembre de 1868, en que el fiero volcán de las revoluciones estalló con furia, mezclando con ardientes lavas oscuras cenizas, hundiendo el trono, abrasando sus tradiciones, y llevándose revuelta y azotada por las llamas la familia que hacía más de 450 años había plantado la esbelta flor de lis en el campo del escudo leonés y castellano.

Una Reina, una dama, una madre, conduciendo á su hijo, niño aún, de la mano; arrasados los ojos en lágrimas, llevando la noche en el rostro y la muerte en el alma; acompañada de su esposo y dudosos; seguida de algunos fieles servidores; custodiada por fuerzas leales de alabarderos é ingenieros, entraba en un coche-salón del ferro-carril que desde el Norte de España la conducía al Mediodía de Francia.

Cruzó el tren el Bidasoa, y al salvar la frontera, al entrar en extranjero país, al dejar la patria, siempre amada; presa de las contiendas políticas, el Príncipe Alfonso, en quien tan tremendo golpe debió apremiar el desarrollo de la razón, volvería sin duda la vista, velada por el llanto, hácia su España, donde dejaba á merced de los huracanes revolucionarios la cuna en que naciera y el trono á que estaba destinado.

Al dirigir aquella postrer mirada, destello triste de moribundo resplandor, debió aparecer, según las palabras del Dante:

*«...come quei, che con lena affannata  
Uscito fuor del pelago alla riva,  
Si volge all'acqua perigliosa, e gnata»*

### III.

Aquí empieza verdaderamente la parte escepcional é interesante de la historia del Príncipe. Si hubiera crecido bajo dorados artesones, entre costosos tapices, sobre ricas alfombras; si hubiera saturado siempre su atmósfera el humo de la lisonja; si no hubiera alterado viento alguno la tranquila superficie del lago de su vida; quizá Don Alfonso no hubiera fortificado tanto su inteligencia, quizá hubiérase debilitado su espíritu en el muelle reposo de la prosperidad.

Mas de igual suerte que halló Aquiles un día, entre joyas y galas femeniles, una espada á cuya vista renació potente su bravura, así halló un día Alfonso la desgracia entre sus horas de esplendor y de alegría, y á su influjo creció su ánimo y se agigantó su pecho.

«No hay más que un bien, dice Sócrates, y es la ciencia: no hay más que un mal, y es la ignorancia.» Atento á máxima tan profunda, desde aquellos días no ha decrecido en el Príncipe el ardor con que se consagró al estudio. Bien lo había menester á mas para distraer su pena y aménorar su duelo.

La familia real se trasladó á Pau, primero, y á París después. En Biarritz habíanla recibido con el respeto que reclama el infortunio, el Emperador y la Emperatriz. Ya en París, los regios destronados ocuparon el pabellón Rohan y luego el palacio Basilewski, que ha sido ya su constante morada en aquella ciudad.

El Príncipe, en aquella primera época, asistía todos los días, acompañado de su gentil-hombre, y como otro alumno externo cualquiera, al colegio Estanislao, establecido en el núm. 22 de la calle de Notre-dame des Champs, fundado en tiempo de la Restauración, y dirigido por sacerdotes.

Allí continuó cursando con provecho las diversas materias que constituían su enseñanza, hasta el verano de 1871 en que salió de aquel colegio para ingresar luego en el *Teresiano* de Viena.

Su madre la Reina Isabel II determinó abdicar en su hijo, y lo hizo así en 25 de Junio de 1870. Un año más tarde resolvió abandonar también la dirección de los asuntos políticos, y convocó en París una Junta de notables y eminentes personas con este objeto. Al día siguiente de la Junta llegó el Príncipe, que obtuvo una cordialísima acogida, y á los pocos días marchó con el brigadier O'Rian, nombrado desde el año anterior Jefe de su cuarto y Profesor militar, con Losa, su gentil-hombre, y dos criados, pasando por Suiza, donde se hallaba á la sazón su hermana, y donde residió en Octubre y Noviembre. Allí visitó los mejores colegios y fué luego á Munich, donde permaneció durante el mes de Diciembre de 1870 y Enero de 1871, pasando en primeros de Febrero á la capital de Austria, en cuyo colegio Teresiano ingresó, previo el conveniente exámen.

Ya en esta época llevaba muy adelantados sus conocimientos en latín, griego, historia, geografía, lógica y moral; O'Rian le instruía en matemáticas, y en Mayo de 1871, D. Tomás Rodríguez Rubi, el Marqués de San Gregorio, el Conde de Ezpeleta y los Profesores de D. Alfonso, le sometieron á unos exámenes privados de todas estas materias, en los que lució su aplicación é ingenio.

Hasta el año pasado, 1874, prosiguió el Príncipe en Viena, dedicado con asiduidad y lucimiento al estudio. Los respetables maestros de aquel centro de instrucción, acostumbrados por su parte á difundir la luz de la ciencia entre nobilísimos jóvenes, y siempre justos además en sus calificativos, concedieron en todos los cursos excelentes notas al Príncipe, y el Director con frases sóbrias y sencillas hizo público por medio de los periódicos, cuando insidiosamente se dijo que había sufrido una derrota escolar el régio alumno, que era muy lisonjero el concepto que este merecía.

Por último, el citado año de 1874, trasladóse á la Academia de Sandhurst, en York-Town (Inglaterra), donde ha estudiado el Príncipe Imperial de Francia. Esta Academia, esencialmente militar, concede una inteligente enseñanza práctica y teórica, y D. Alfonso se atrajo en ella desde luego la atención general por su destreza en la equitación y la gimnasia.

Trasladóse á fines de Diciembre último á París para pasar con su augusta familia las vacaciones de Navidad, y allí le sorprendió el rápido y feliz alzamiento del ejército en favor del legítimo heredero del poder real, obligándole á suspender sus estudios y venir á España para trocar el sencillo uniforme del colegio por la regia palmaria.

Es el REY D. ALFONSO XII un esbeto mancebo, de inteligente fisonomía y elegante apostura. Aficionadísimo á cabalgar, como cumple á un caballero, firme y erguido sobre la silla, gusta tanto de este ejercicio, que en París se le ha visto repetidas veces ir á hacer sus vistas á caballo y no en coche.

«*Le Prince des Asturies*, dice Prósper Mérimé, ilustrado Académico, (1) *est très gentil et a l'air intelligent.*»

«El joven Soberano, escribía há poco el corresponsal en París de un periódico no alfonsista, se presenta con gran modestia, reserva y seriedad, pareciendo tomar con gran formalidad el alto y espinoso ministerio con que acaba de investirsele.»

«Los alemanes, ingleses y franceses, añade más adelante el autor de la carta, han quedado sorprendidos de la facilidad con que habla sus respectivos idiomas, y á esto y á las corrientes conservadoras que dominan en Europa, se debe sin duda que todos los grandes órganos internacionales hayan acogido con simpatía el advenimiento de Don Alfonso XII.»

El corresponsal de uno de estos órganos internacionales, del más importante quizá, *The Times*, refiere de este modo sus noticias é impresiones después de una audiencia con el joven Monarca:

«Estudia desde las ocho y media de la mañana, hasta las ocho y media de la noche, tomándose hora y media para descansar y almorzar, y consagrandole el resto del tiempo á la historia y geografía, al inglés, al alemán y á la correspondencia. Los sábados los dedica á la caza, y respecto de los domingos, los emplea en «Lecturas de imaginación»..... «Ha crecido mucho en este último año, y sus facciones son más varoniles. Tiene una amable sonrisa y un aire franco»..... «El Rey no oculta su deseo de aprender. Su aire es sencillo y afable, y parece gozar de su real fortuna con una especie de modesta ansiedad que revela una verdadera madurez de entendimiento. Ignoro lo que los españoles le reservan; pero estoy seguro de que lleva á España un sincero amor á su país y un ardiente deseo de poner término á sus males.»

Abundantes testimonios, á más de estos, ha dado el Príncipe de las excelentes cualidades que le adornan. Desde que se estableció en Inglaterra manejaba su pensión, era administrador de su peculio, y esto lo hacía con el mayor orden y llevando su correspondiente libro de cuentas.

(1) *Lettres á une inconnue* (1844, 1870). REVUE DES DEUX MONDES (4.º Diciembre 1873.)



En ti la Patria confía,  
Que, agotado el sufrimiento,  
Gime en triste abatimiento  
Y paz y reposo ansía,  
De valor y de hidalguía  
Modelo sus hijos son,  
Pero su mismo tesón  
Es causa de su flaqueza.  
Ay, si tuvieran cabeza  
Como tienen corazón!

Por eso en pos de aventuras  
De buena fé se lanzaron;  
En mala tierra sembraron  
Y han cogido desventuras;  
Y pues sus glorias más puras  
La Monarquía alentó,  
Hoy que la razón habló  
Buscan del Trono el abrigo;  
Porque, si hubo un Don Rodrigo,  
Pronto un Pelayo se alzó.

Sin fausto ni pompa vana  
Se ha abierto tu inteligencia  
A los rayos de la ciencia,  
Sol de la razón humana;  
Has visto en edad temprana  
Cómo el Señor prueba al hombre,  
Y advierte, aunque no te asombre,  
Que en esta morada nuestra  
Sólo hay una gran maestra  
Y es «la desgracia» su nombre.

Te ofrece ejemplos la historia  
Que pueden ser tu dechado;  
Los Alfonsos han llenado  
Muchos siglos con su gloria;  
Será eterna la memoria  
De Fernando y de Isabel,  
Y bajo el régio dosel  
Brillaron, del moro espanto,  
Un Rey sabio y un Rey santo,  
Que hizo del Trono escabel.

Quiera Dios que en sus anales  
La historia diga de ti:  
«Trajo el bien en pos de mal,  
Cuidó por los reyes y por el pueblo,  
Vió que á dos bandos rivales  
La paz estrechó en su seno,  
Justo, bondadoso y bueno,  
Fue por su pueblo adorado,  
Gloria á Alfonso el Deseado,  
El nieto de Alonso Onceno!»

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

## A. S. M. EL REY ALFONSO XII

EL DÍA DE SU ENTRADA EN MADRID.

Vuelves, Señor, á la bendita tierra  
En que miraste la primera luz;  
Vuelves, no por los triunfos de la guerra,  
Por el triunfo inmortal de la virtud.  
Tu corazón magnánimo ha sabido  
Sufrir en el destierro y esperar;  
Por tí no se ha exhalado ni un gemido  
Que turbase la calma de la paz.  
Desolación y guerra y llanto y luto  
A caer tu Trono alzaronse en tropel;  
De las discordias el infando fruto,  
No inocente, te amargó también.  
Hoy vuelves aclamado y bendecido  
El sáculo de cien Reyes á ocupar;  
Tiene el Trono que España te ha erigido  
De tu pueblo el amor por pedestal.  
Desde él, Señor, con amorosos lazos  
Puedes reinar sobre tu pueblo fiel;  
Si la discordia el cetro hizo pedazos,  
La lealtad te levanta en su paves.  
España en su altivez claro pregoná  
Que no humilla ante nadie su cerviz,  
Que no otorga á la Fuerza su Corona,  
Pero al Derecho y la Justicia sí.  
Llega en buen hora y hasta el sáculo avanza  
Con fe tranquila, con seguro pié,  
Que ya el fecundo sol de la esperanza  
Epléndido ilumina tu alba sien.

En el seno de España desgarrado  
Civil contienda á puñal hundió;  
A terminar la guerra estás llamado;  
Guerra de hermanos que maldice Dios.  
Muestra en el campo el juvenil arrojo  
Que con arte y prieda el triunfo dá;  
Vuelve, abatiendo el estandarte rojo  
Con la blanca bandera de la paz.

Madrid 14 de Enero de 1875.

J. DE DIOSDE LA RADA Y DELGADO.

## A. S. M. EL REY DON ALFONSO XII

LA VOZ DEL PUEBLO.

Salud al heredero de Trono de Castilla;  
Aclámelo con júbilo douiera el español,  
Que el Sol de la Esperanza en el Oriente brilla  
Y Alfonso nos señala la Aurora de ese Sol.

La mano del que gui del mundo los destinos,  
Benéfica se abre, y en orno esparce fiel  
Sus dones de ventura, as rayos más divinos,  
Que aterran y que ahuentan al pérfido Luzbel.

El pueblo que los siete, su faz de gozo baña  
Y eleva al Ser Supremo su férvida oracion,  
Y como tierna Madre, á jóven Rey de España  
La Virgen le rodea de imparo y protección.

Miradle: bellos ángeles meciéronle en su cuna,  
Que ostenta por coronal signo de la Cruz;  
Mil sueños le rodean de encanto y de fortuna,  
Puros como del alba laberegrina luz.

Con placentero aceno murmuran afanosos  
Las bélicas hazañas, lo hechos de valor,  
Que siempre los iberos sanaron animosos  
Desde el helado Polo alcáldico Ecuador.

De Santa Independencia, un génio baja al punto,  
Y cubre al tierno Alfonso con no hollado paves,  
Que ostenta por laurels á Otumba y á Sagunto,  
El golfo de Lepanto, as naves de Cortés.

El ángel que de España lavó negras injurias  
Que hiciera en Guadalete el árabe feroz,  
Despierta al grito y ante se alza en las Astúrias,  
Y en la alta Covadonga dirigele su voz.

La misma es que amaba los hijos de Pelayo,  
La que sonó en Pavia Almansa y San Quintín,  
La que promete á España un venturoso rayo  
De gloria, que ilumine su postrimer confin.

No más ya la discordia se ostente aterradora,  
Que el génio de los mides sus alas desplegó,  
Y huyendo vá, pues mira que suspirada hora  
De calma y de ventura por siempre renació.

El Príncipe querido, que júbilo profunado  
Esparce en nuestro pueblo monárquico y leal,  
Ha de probar muy pronto ante la faz del mundo,  
Que es nieto de los héroes que guarda el Escorial.

Ellos vuelven á España con gozo su mirada,  
Y Dios de su alto imperio sonriela también,  
Que desde el mar Cantábrico á la oriental Granada  
Emblema es Don Alfonso del más preciado bien.

Salud al heredero del Trono de Castilla;  
Aclámelo con júbilo douiera el Español,  
Que el Sol de la Esperanza en el Oriente brilla  
Y Alfonso nos señala la Aurora de ese Sol.

PEIRO MENDO DE FIGUEROA.

## A. D. ALFONSO XII.

Llegad, Señor, vuestra triunfal carrera  
Alfombra España con hermosas flores,  
En tanto que os espera  
El sáculo de cien Reyes  
Que fueron vuestros ínclitos mayores  
Y á dos mundos un día dieron leyes.



Venid, llegad; si en extranjero suelo  
 La inocente niñez habéis pasao,  
 Hoy á la patria os restituje el cielo,  
 Por todos aclamado.  
 Sed dichoso, Señor; tened presente  
 Que nunca lo bastante se precia  
 El bello sol, que esparce la alegría  
 Con su luz esplendente,  
 Si al sol no contrastara  
 La oscura noche que preede al día.  
 Magnánimo, prudente y justiciero  
 Haced que vuestra gloria  
 Alcance al pueblo ibero  
 Y que os bendiga la imperial historia.  
 De niño os aclamé, y al veros hombre  
 Honra y prez y ventura ó vaticino;  
 Que siempre á vuestro nombre  
 Honras y triunfos reservé el destino.  
 Y pues al suyo el vuestro se eslabona,  
 De los Alfonsos alcanzada fama,  
 Siendo á la vez vuestra mejor corona  
 El amor de este pueblo que os aclama.

Enero 14 de 1873.

MAXIMINO CARILLO DE ALBORNOZ.

## A ALFONSO XII.

*At nob. Pax alma, venit, spicamque teneto  
 Perplu, et pomis candidus ante sinus.*

TIBULO.

De Pirene á las faldas etendida,  
 Surcada y dividida,  
 Por el Ebro y el Tajo caudalosos,  
 Darro de arenas de oro, Guil claro,  
 Turbio Guadalquivir y procelosos  
 Duero y Guadalquivir; englanada  
 Con la gentil palmera,  
 Que lo mismo que el hombre ama y espera:  
 Con el blanco azahar, la perfumada  
 Flor del naranjo y su precido fruto:  
 Con los tristes cipreses  
 Que al alma anuncian funereo luto:  
 Con las doradas mieses,  
 Con el manzano y la rojiza resaca,  
 Entre un mar libre, que suspostas bate,  
 Y otro mar preso, que sus playas besa  
 Y sus orillas susurrando bate  
 Y arrulla sin cesar, esta es España.  
 La que á Aragon dió un Jaime y á Castilla  
 Una Isabel, un Carlos y un Cisneros;  
 La Patria de Padilla,  
 La Patria de los bravos Comuneros;  
 La que amparó á Colón; la que envidiosa  
 Del valor del de Austria unió altanera  
 De sus victorias al glorioso arro  
 Como dos glorias más de supandera  
 Los nombres de Cortés y de Pizarro;  
 La que se alzó en Lepanto vencedora,  
 Y aún más en Trafalgar, aunque vencida;  
 La que si alguna vez no fué señora  
 Del orbe, sino esclava, la vió el mundo  
 Aherrojada tal vez, mas no batida;  
 La que creó un Escorial, templo y palacio,  
 Al soplo del poder y el cristianismo;  
 Aquella cuyas glorias recorrieron  
 La inmensidad del anchuroso espacio,  
 Es nuestra patria, Alfonso: un tiempo mismo  
 Nuestras cunas en ella se nacieron.  
 Triste de tí que al comenar á amarla  
 De tu vida en la hermosa primavera,

Tuviste á tu pesar que abandonarla,  
 E ir á playa extranjera.

Si á socorrerla no, para llorarla.

Y yo aún más triste, que sentí su su  
 Temblar al eco del cañon que aterra:  
 Triste de mí que sin cesar oía

Ó á los corceles golpear la tierra,

Ó la apagada voz de la agonía,

Ó el ronco grito destructor de guerra!

Y así la encuentras hoy: en sus montes

No sólo brilla la extendida nieve

Que los picos corona y las laderas

Y blanquea el pinar y las cabañas;

No sólo el surco del arado impreso

En el llano se vé; de las trincheras

Los hondos fosos por doquier le cruzan

Y por el sol heridas

Se ven brillar las armas fraticidas.

Al fondo del barranco, al pié del monte

En el extenso prado, en las colinas

Que alteran la llanura,

En todo lo que abarca el horizonte,

Un monton de ruinas

Marca más de una choza; en la espesura

Deja entrever la removida tierra

Más de una mal cubierta sepultura,

Y en el tranquilo hogar, los ojos fijos

En la rojiza llama,

Todos vistiendo luto,

Surcadas las mejillas por el llanto,

La amante esposa y los pequeños hijos

Rinden justo tributo á aquel que un día

En ellos vió su encanto

Y entre ellos su cariño compartía.

Por eso al ronco grito

Que el estampido del cañon pregona

Y resuena en el valle y la montaña,

Otro de — ¡paz! — responde

Por las madres bendito,

Que de un mar á otro mar cruza la España

Grito de paz que llega á tu corona,

Súplica de dolor y de agonía,

Santa oracion que el dolorido pecho

Eleva al trono excelso de María.

Grito de paz que hasta sus plantas sube,

Tierna plegaria que el espacio cruza,

Como de incienso vaporosa nube

Que, velando el altar desde las gradas,

Sube á besar las goticas arcadas.

Ven tú tambien, Alfonso, y nuestras preces

Nube que enlace desunidos velos,

En alas de la fé suba á los cielos.

Ven tú tambien á orar y que tu nombre

Con el de paz se enlace eternamente;

Sé tú la aurora que ilumine al alma;

Piensa que tanto al corazon cautiva

El tierno ramo de la verde oliva

Como la erguida y cimbreante palma.

Sé tú la paz, y cuando el surco arde

No cieguen los formados escuadrones

Cuando el límpido cielo

No se muestre manchado

Del constante humear de los cañones

Cuando la guerra, en fin, ceje en su sña

Y no destruya nuestra hermosa España,

Tan grata será al mundo tu victoria

Que su llanto, su amor, sus bendiciones

Las madres te darán. ¿Para qué quies,

Oh Rey Alfonso XII, mayor gloria?

LEANDRO TOREME R.

IMPRENTA NACIONAL.